

## Presentación

Durante mucho tiempo, la historia de la mujer ha sido descuidada por la historiografía. Sólo se ha tenido en cuenta como apéndice, en el mejor de los casos, a una historia económica, política, social, cultural o religiosa marcada por el elemento masculino, o, en el peor de los casos, si es que existía, como mera anécdota ornamental de alguna de las secciones antedichas. En las últimas décadas del siglo xx, con ciertos precedentes afortunados, la historiografía empezó a plantearse sistemáticamente la recuperación de la historia de las mujeres con entidad temática propia y de forma distintiva.

En las universidades, en diversos centros de investigación y por parte de colectivos y particulares, cristalizó un interés por recuperar unos segmentos de saber que habían llegado a ser prácticamente invisibles. Al principio, la historia de la mujer se fijó en aquellas individualidades privilegiadas que habían dejado constancia de sí a través del dominio de una técnica: literatas o mujeres que habían podido acceder al aprendizaje de la lectura y la escritura, mayormente aristócratas, monjas o privilegiadas hijas de artesanos, colegiados, hacendados o campesinos ricos y conscientes. Pocas mujeres de la base del sector primario pudieron encuadrarse en este epígrafe.

En segundo lugar, las mujeres de que se ocuparon con preferencia los historiadores fueron aquéllas cuya memoria fue preservada mediante la escritura de los demás: musas de algún creador (frecuentemente literario) o protagonistas de documentos generados en la época en la que les tocó vivir. No sólo mujeres socialmente acomodadas como reinas, aristócratas, monjas, burguesas o mujeres de ámbitos urbanos o rurales; si no también protagonistas involuntarias de procesos judiciales como supuestas brujas o miembros de la más estricta marginalidad como pícaras y prostitutas.

Una gran cantidad de mujeres que no dejó rastro de este tipo —judicial o literario— en sentido individualizado pasó desapercibida a los ojos de los historiadores. Estas mujeres anónimas, sin embargo, eran la norma y, junto a las necesarias y apasionantes vidas excepcionales a que he hecho mención con anterioridad, es preciso rescatar su, no menos apasionante, historia del olvido. La revista MANUSCRITS ha creído oportuno sumarse a un movimiento historiográfico de recuperación de la memoria de las mujeres que, en el pasado, ejercieron de trabajadoras en dife-

rentes esferas, la doméstica y/o la asalariada. Conscientemente y con todo el respeto hacia quienes las ejercían, mayor si cabe, por lo arduo de su trabajo, hay profesiones como la de prostituta que hemos decidido obviar en esta ocasión. Por lo mismo, porque no formaban parte, bien a su pesar, de la normalidad y porque se trataba de una etiqueta impuesta a quienes habían de padecerla y no de un oficio, ni de un beneficio, hemos prescindido del colectivo identificado y maltratado como brujas.

Así, entre el 23 y el 25 de marzo de 2009, el grupo de investigación Manuscripts organizó un ciclo de conferencias basado en la norma, no en la excepción. Ahora bien, apelando a esa misma norma, hay en los artículos que conforman este número monográfico de la revista una ausencia sangrante. La exclusión de las amas de casa de la esfera laboral no es ni una traición del subconsciente ni el producto del desdén de una profesional liberal hacia las que han posibilitado que lo fuera. ¿La carrera de historia tiene futuro? La carrera de historia tiene pasado y sólo un historiador necio menospreciaría, sintiéndose superior, a una señora dedicada exclusivamente a las tareas del hogar. Sucede, simplemente, que —*mea culpa*— no supe encontrar a un colega que se comprometiese a un análisis solvente de aquella infinita parte de nuestro pasado común.

Hay muchas y sugerentes imágenes de mujeres trabajando en la época moderna. Tales retratos abarcan desde las tareas domésticas hasta las anónimas artesanas que no solían figurar, pero sí que trabajaban en los talleres familiares: la anciana que fríe huevos, la lechera, la encajera, la pesadora de perlas, la esposa del cambista, la criada que limpia pescado mientras escucha a su señora o la maestra de escuela captadas en sus quehaceres por Velázquez, Vermeer de Delft, Quentin Metsys, Pieter de Hoogh y Juan Bautista Chardin, respectivamente.

Como emblema del ciclo de conferencias que precedió a este número monográfico, se seleccionó la imagen de Santa Margarita de Antioquía, pintada por Francisco de Zurbarán como una pastora castellana de la época del barroco. Una pastora idealizada que parece haber sublimado el frío, la suciedad, el miedo, la trahumancia de largo o corto alcance y la soledad. La forma parecía concordar del todo con el espíritu que se trataba de dar al fondo de la revista: Margarita (o Marina para los ortodoxos) de Antioquía fue una santa, virgen y mártir decapitada durante la última persecución, la de Diocleciano, en el siglo IV. Zurbarán, a pesar de pintar en una época en que dominaba el claroscuro, decidió presentarla no como la víctima de la tiranía del emperador, decapitada aunque victoriosa por la emulación de Cristo a que la lleva su fe, sino de acuerdo a su oficio. Una pastora de quince años, con la superioridad de la juventud en la pose. No una mujer vencida en su vida terrenal, si no, como lo demuestra el demonio que yace a sus pies, una mujer vencedora. La dueña de su propio destino en el cuadro a través del cual nos mira tan serenamente. Una metáfora de la que es lo que es, en la medida de lo posible —cabe recordar que siempre hay medidas para lo posible—, debido a su elección. Asumiendo, sin dolerse.

En este sentido, el rigor y el respeto —no reñidos con la amenidad, como lo cortés no quita lo valiente— presidieron la elección temática del ciclo de conferencias que dio origen a los artículos que siguen. En el mismo, Ofelia Rey Castelao

trató de los conventos como centros de producción; Serrana Mercedes Rial García habló de mujeres campesinas; Eulàlia de Ahumada Batlle nos ilustró sobre las «directoras de empresa», esto es, las aristócratas como gestoras del patrimonio, como señoras feudales; Daryl M. Hafter describió a las obreras de la protoindustrialización, y Carmen Sarasúa García abordó el trabajo femenino asalariado no especializado, el mundo de las jornaleras urbanas. No ha sido posible integrar la última y magistral disertación de la profesora Sarasúa en este número. La calidad de sus apreciaciones, sin embargo, ha quedado indeleble en quiénes acudieron a oírla. Como mujer, como trabajadora y como modernista mi motivación ha sido tan grande como mi empatía a la hora de coordinar este evento.

*Montserrat Jiménez Sureda*